

4º
medio

Aprendo sin parar

Orientaciones para el trabajo
con el texto escolar

Clase 4

Lenguaje



UNIDAD DE
CURRÍCULO Y
EVALUACIÓN **UCE**



1.4 CLASE 4: Modelos de Mujer 2

PARA COMENZAR

¡Hola! Hoy continuarás la lectura de Modelos de Mujer de Almudena Grandes, y leerás desde la página 14 hasta la 25. Recuerda el propósito de esta lección: leer una obra literaria y analizarla para entender la perspectiva que tiene frente a una problemática o tema a partir de lo que puedas rescatar tanto del texto como del contexto de producción.



Antes de la lectura

Recuerda, ¿qué temas trataste la clase pasada? ¿Qué piensas acerca de los distintos modelos de mujer?



Durante la lectura

Mientras retomas la lectura en la página 14 y continuas hacia adelante, reflexiona cómo te sientes a medida que vas avanzando. ¿Te has sentido identificado con algo? ¿Te ha traído algún recuerdo? ¿Te ha hecho pensar qué harías tú en el lugar de esos personajes?

Continúa con la página 16 y 17 y lee el recuadro de Conexión Cultural. ¿Qué conexiones establece la autora con los personajes nombrados?

Debes saber que Tarás Bulba es el protagonista de la novela del mismo nombre escrita por Nikolái Gogol. Él es un viejo cosaco, quienes eran conocidos por ser personas salvajes, hábiles jinetes propensos a la sublevación. Por su parte, Miguel Strogoff es una novela de Julio Verne que habla de la lucha y supervivencia de Miguel en Rusia. El personaje se caracteriza por su humildad, honestidad y sentido del deber. Por último, Pedro el Grande fue zar de Rusia. Es conocido por ganar varias guerras y querer modernizar a su país, que este fuera una potencia europea.

Retoma la lectura de las páginas 18 y 19 y procura ir reflexionando en torno a lo que se espera de las mujeres según lo descrito en el texto. Responde también la pregunta 8, buscando las marcas textuales que te irán ayudando a entender mejor la historia.

Prosigue con la lectura de las páginas 20 y 21 y no olvides leer la conexión cultural. Pon especial atención en los distintos recursos literarios ocupados para mostrar la perspectiva que se tiene sobre la mujer, como la intertextualidad, las comparaciones, los símbolos, los contextos en donde se muestran a las mujeres, entre otros.

En las páginas 22 y 23 fíjate cómo los personajes van cambiando su manera de comportarse y las perspectivas desde las cuales se ven las dos mujeres. Observa también cómo los roles masculinos impactan en Lola y Eva. Haz una comparación sobre cómo se siente cada una de ellas.

Finaliza la lectura con las páginas 24 y 25. Durante la lectura de estas páginas, formula hipótesis en tu cabeza, de qué crees que ocurrirá y cómo terminará la historia. Al finalizar, comprueba qué tan acertadas fueron.

Si deseas saber más acerca de cambios sobre la mujer, observa el video sobre la Charla Ted de Carmen Fúnez y comenta qué cambios ha logrado la mujer en España. ¿Qué opinas de la charla? ¿Qué cosas que ella comenta crees que se podrían mejorar? ¿Cómo?

**MEDIA**

Click image to the left or use the URL below.

URL: <http://www.ck12.org/flx/render/embeddedobject/265159>

**Después de la lectura**

Haz un breve análisis crítico de la obra, reflexionando sobre la perspectiva de los temas tratados en ella. Piensa qué crees que la autora quiere que pienses al leer su obra, para esto, fíjate qué es lo que va criticando o qué cosas en cambio valora.

Cierre

Es importante tener en cuenta que no hay que formarse prejuicios negativos a raíz de lo que se lee, ya que esta es una narración ficticia que no necesariamente muestra todos los aspectos de la realidad. Antes de formular una opinión sobre algo, hay que conocer todos los matices y distintas perspectivas.

Solucionario Pregunta 8:

Rushnikov es amable y poco exigente con Eva, en cambio con Lola se descarga y la trata duramente. Esto lleva a pensar que el director siente atracción por la modelo, menciona lo guapa que es, que sonreía y se ponía nervioso en su presencia.

4º
medio

Texto escolar

Lenguaje

Unidad

1

A continuación, puedes utilizar las páginas del texto escolar correspondientes a la clase.

5• ¿Por qué la narradora recuerda en este momento la obra de Yevgueni Zamiatin?

6• ¿Qué acción se ejerce sobre las personas y los grupos al controlar sus cuerpos? ¿Cómo influye esto sobre la vida en común, los valores, las formas de comportarse y relacionarse en la sociedad?

lo que más me impresionó fue la descripción de las comidas. La ley establecía que cada ciudadano estaba obligado a masticar cincuenta veces cada bocado antes de ingerirlo, bajo pena de sanción grave. En ese momento empecé a admirar a Zamiatin, a pensar seriamente en trabajar sobre él. No he vuelto a encontrar en ninguna parte un indicio tan sutil, y tan contundente al mismo tiempo, de la esencia de la tiranía. •5

—¿Y por qué tenían que masticar cincuenta veces?

—En teoría para digerir bien la comida. En la práctica, para advertir a la gente que el Estado tenía derecho a controlar incluso lo que ocurría dentro de su cuerpo, a regular hasta el funcionamiento de sus vísceras. Es sobrecogedor, ¿no? •6

—Yo mastico treinta veces cada bocado —respondió—. Para no engordar. Y otra cosa... ¿tú comes siempre así?

—¿A qué te refieres?

—A la cantidad.

—Pues... no siempre. A veces tomo dos platos. Y hasta postre, si estoy contenta.

—Ya —hizo una pausa, como si necesitara buscar las palabras para seguir, y me resigné a aceptar que, si es que había entendido algo, la historia que le acababa de contar no la había impresionado en lo más mínimo—. Vale, pues entonces, si no te importa, preferiría que no comiéramos juntas.

—¿Qué pasa, te doy envidia?

No me quiso contestar, y entonces, por primera vez, me compadecí de ella.

No volví a ver a Eva hasta que nos encontramos en la terminal internacional del aeropuerto de Barajas, unos veinte días más tarde. Eso significa que, durante veinte mañanas seguidas, el primer propósito que formulaba al levantarme consistía en llamarla, quedar, ir a verla, lo lógico habría sido mantener un contacto frecuente antes de partir, preparar bien el viaje, pero nunca llegué a descolgar el teléfono. Por un lado, ella no había mostrado ningún interés en que nuestro encuentro se repitiera, y por otro, yo era más que consciente de que teníamos por delante siete horas de vuelo hacia Nueva York, una larga escala en una zona de tránsito, y otro vuelo interminable hasta llegar a Los Ángeles, tiempo suficiente para agotar el repertorio del más brillante de los conversadores, que tampoco era precisamente el caso.

La verdad es que existía una causa más, un motivo residual y sin embargo determinante, aunque de una naturaleza tan vergonzosa que ni yo misma me atrevía a admitirlo, y es que cuando más predispuesta estaba a la bondad y la comprensión, a la compasión y la solidaridad que solo se alcanza mientras

un sándwich de tres pisos esmaltado con espuma de cerveza viaja libre y feliz a lo largo y ancho del organismo, un pequeño incidente del tamaño de la catedral de Burgos me precipitó de golpe en la más injusta y rencorosa de las arbitrariedades. Eva me pidió que la acompañara a recoger un vestido, y yo la seguí sin sospechar lo que me jugaba en aquel breve viaje. Al pasar por delante del escaparate, reparé en que se trataba exactamente del tipo de tienda en el que las mujeres como yo nunca se atreven a entrar, pero entré, y asistí **impasible** a la procesión de una cofradía de **oligofrénicas** desnutridas, que se acercaban con gesto reverencial al probador cada vez que ella aparecía, siempre igualmente deslumbrante, con un modelo nuevo, que como el anterior, y como el inmediatamente sucesivo, parecían cortados exactamente a la medida de su cuerpo. Llegué **indemne** a lo que parecía el final de aquella escena. Disuelto el coro de dependientas —*¡qué mono te queda!, ¡te queda ideal!, de verdad, de verdad, ¡qué mono te queda!, la verdad es que te queda ideal, ¿eh?, de verdad, ¡es que te queda monísimo!, ideal, te queda ideal, ¿eh?, de verdad, de verdad...*—, se hizo el silencio, y Eva se acercó a la caja con la intención de pagar, pero entonces, en un quiebro imprevisto, sospechoso, se acercó a un expositor repleto de perchas, escogió una, y se dirigió a mí, este te sentaría muy bien, me dijo, es precioso, ¿no te parece? Debí de haber sido capaz de reaccionar, pero lo cierto es que el vestido era precioso —de verdad, de verdad—, y yo rica por primera vez en muchos años. Por eso no resistí la tentación de cogerlo, ponérmelo por encima y mirarme en un espejo, y no me fijé en la talla porque ni siquiera pensaba en comprármelo, no lo había escogido yo, aquello parecía simplemente un juego, hasta que escuché su voz, alta, rotunda, lo malo es que no tendréis talla para ella, claro, y un coro de risas del que se elevó un sonido agudo y sombrío a la vez, como el graznido de una corneja, pues es difícil desde luego, mejor que mire en otra tienda... Era su respuesta, su venganza, el exacto precio de su hambre, y procuré encajarla bien, sin consolarme a mí misma, sin alentar ningún rencor, pero presentí que aquel episodio establecía la dinámica que regularía definitivamente nuestras relaciones. Ella utilizaba su cuerpo como escudo frente a cualquier ofensa, y lo lanzaba al aire como una jabalina envenenada cuando pretendía ser la ofensora. Yo dejé de luchar contra mis prejuicios acerca de las modelos, y me propuse no ceder nunca más a la compasión. Para conquistar el primero de estos propósitos apenas tuve que vencer obstáculo alguno —aunque a veces ni yo misma me lo creía del todo, Eva encarnaba meticulosamente el resultado de lo que parecía—, pero en el segundo fracasé casi de inmediato, porque su aplomo no sobrevivía más allá de los estudios fotográficos y

impasible: indiferente, imperturbable.

oligofrénica: forma de insulto para calificar a alguien de tonto o incapaz de pensar por sí mismo.

indemne: ilesa, intacta.

los talleres de los modistos, y nadie habría podido reconocer a una *top model* internacional camino del estrellato definitivo, en el pajarito miedoso, encogido y asustado que se me pegó a los talones al bajar del avión en Nueva York, y no me dejó sola un instante ni para ir al baño.

—Es que me da cosa que alguien me diga algo —me explicó—, como no les entiendo...

—Pues no contestes.

—Bueno, sí, pero prefiero que no me dejes sola.

El cansancio acumulado durante las horas de vuelo, la tensión y la impaciencia que acaban estallando antes o después en el curso de un viaje semejante, habían atacado con saña su maquillaje, cada vez más apagado en la superficie pero de una consistencia progresivamente blanda al contacto con la piel, y cuando llegamos a Los Ángeles, los exactos límites de la máscara que recubría su rostro eran tan visibles como las incipientes patas de gallo, los granitos y las marcas de expresión que no existían por la mañana. Su cara se había descolgado, y se descolgaba su cuerpo, sus hombros, cansados de estirarse para disimular una tripita minúscula, y por ello quizá más llamativa en un cuerpo tan delgado, mientras sus tobillos protestaban hinchándose, igual que los míos. No era más que un ser humano, una mujer sola en un país extraño cuya lengua no entendía, una criatura derrotada por el cansancio y abocada a superar una prueba muy difícil antes de disponer del tiempo suficiente para recuperarse del todo, eso me parecía, y me propuse cooperar en todo lo posible para que triunfara, cubrirle las espaldas, ayudarla, aconsejarla, vendérsela a Rushinikov como la actriz de su vida... •7

7• ¿Cómo cambia la percepción que la narradora tiene de Eva?, ¿por qué?

Sin embargo, cuando abrí la puerta de mi *bungalow* unas pocas horas más tarde, la única que seguía teniendo un aspecto horrible era yo. Ella resplandecía, y su expresión no mudó un ápice ni siquiera al bajar del coche de producción, a una distancia considerable de la puerta del *plató* pero más que suficiente para escuchar los gritos de un energúmeno que estaba jurando sobre todo lo que es posible jurar en lengua rusa. A modo de despedida, el chofer nos dedicó una mirada incierta, hecha a medias de temor y desaliento, a la que yo correspondí puntualmente, pero Eva, la más perfecta de sus sonrisas radiantes tan bien asegurada que parecía cosida sobre sus labios rojos, me miró como si estuviera sorda, y empezó a caminar hacia su destino con esa especie de prisa serena que solo está al alcance de quienes ya se saben propietarios de una parcela en el Paraíso.

plató: escenario de un estudio cinematográfico o de televisión.

Identifiqué a Andrei Rushinikov sin necesidad de preguntar a nadie. De pie en el centro del *plató*, con unos vaqueros desgastados y una camisa roja de algodón que parecía tener vida propia, tan violentamente gesticulaba con los brazos mientras

chillaba, era lo más parecido a un oso enloquecido de furia que he visto en mi vida. Mientras me acercaba, reconocí en su rostro los rasgos de un eslavo típico, de esos que se aprenden en las ilustraciones de los libros, un **cosaco** de toda la vida, el pelo negro, los ojos claros, la piel blanquísima, cejas muy pobladas y una mandíbula imponente, casi cuadrada, **Taras Bulba**, **Miguel Strogoff**, **Pedro el Grande**, recordé, Dios nos coja confesados, me dije mientras me acercaba.

—Please —le rogué, en un tono de voz casi inaudible al principio—. *Please, Mister Rushinikov...* —Y como no daba señales de haberme oído siquiera, me pasé al ruso—. *Pozhaluista...*

Solo entonces se volvió para mirarme, y seguí en ruso, me presenté a mí misma, y presenté a Eva, hablé un par de minutos para un ceño fruncido, una frente huraña, un inmovible muro de dos metros, y luego me aparté a un lado. Ella avanzó despacio, marcando los pasos con todo el cuerpo, le tendió la mano, ladeó la cabeza, imprimió a su sonrisa una variante que yo desconocía, le saludó en castellano con una voz tan acariciadora que se me olvidó traducir lo que estaba diciendo, y suspiró. La metamorfosis que se operó en él resultó todavía mucho más apabullante. Rushinikov se retiró el pelo de la cara con una torpeza casi juvenil, escondió las manos en los bolsillos del pantalón, sonrió, y contestó en inglés que la llegada de Eva era lo único agradable que le sucedía en muchos días, que estaba encantado de tenerla a su lado, y que le hacía feliz comprobar que, en persona, era mucho más exquisita aún que en las fotos. Esto sí lo traduje, y la sucesiva invitación para tomar un café y charlar un rato. Mientras los seguía hacia el exterior, había alcanzado ya ese estado propio de los intérpretes que permite traducir un discurso prestándole la mínima atención y pensar al mismo tiempo en otras cosas, y recuerdo perfectamente lo que me iba diciendo, misterios del alma eslava, hay que ver, jódete, Mari Loli...

Aunque a ratos me costaba trabajo distinguir entre Eva y mi propia sombra, y casi llegaba a echarla de menos cuando se encerraba en el baño para ducharse, enseguida tuve que admitir que mi protegida poseía, al menos, un talento instintivo: el de quitarse de en medio en los momentos críticos. Un segundo antes de que se desencadenara un problema de la especie que fuera, Eva olvidaba que estaba triste y muy deprimida, que nadie la comprendía y que yo era la única persona con la que podía hablar en el mundo, y se las arreglaba para desaparecer, abandonándose ante un enemigo **polimorfo** e implacable como un dragón de seis cabezas. Y a solas, como San Jorge, me pegaba yo con la **script** —porque llegábamos tarde a las citas—, con el

cosaco: perteneciente al pueblo nómada guerrero que habitaba el sur de Rusia.

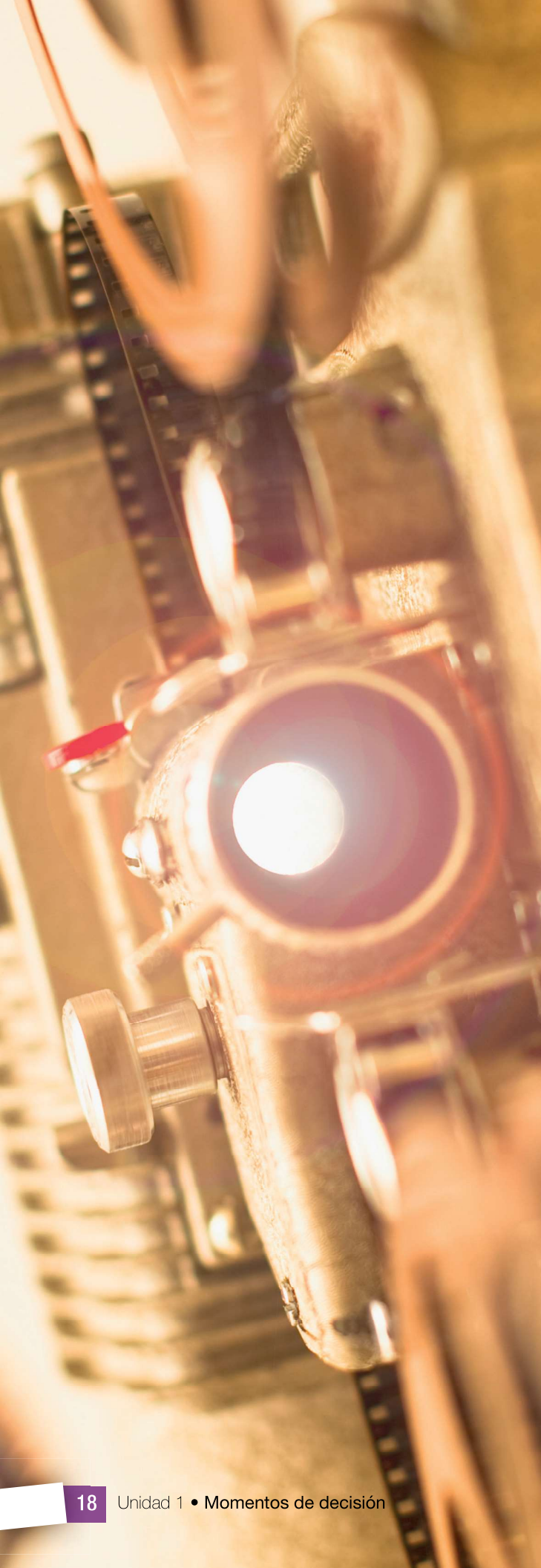
polimorfo: que tiene distintas formas, multiforme.

script: asistente del director durante el rodaje de una película.

CONEXIÓN CULTURAL

Taras Bulba y **Miguel Strogoff** son personajes literarios de novelas rusas o ambientadas en ese país. **Pedro el Grande** es un personaje histórico, zar de Rusia a fines del siglo XVII e inicios del XVIII. La narradora los menciona para acentuar algunas características de Andrei Rushinikov: audacia, fortaleza, belleza, autoritarismo.





maquillador —al que ella imponía productos y colores—, con la peluquera —que protestaba porque no se dejaba cardar el flequillo—, con el iluminador —que no iba a consentir que una actriz le prohibiera las luces laterales— y con la modista —porque se empeñaba en rodar con su propia ropa—. Añadir que también me pegaba con el director resultaría formalmente inexacto. Entre Rushinikov y yo había estallado la guerra.

Por las mañanas, cuando bajaba a desayunar, él estaba esperándome ya, siempre en la misma mesa. Así no podemos seguir, me saludaba, y antes del primer sorbo de café, ya me había tragado una bandeja de quejas y dos puñados de recomendaciones. Yo le daba la razón en silencio, porque no se puede ser actriz sin estudiar un guion, sin meterse en el personaje, sin acatar una disciplina de rodaje, pero me negaba a reconocerlo en voz alta, no tanto por eludir mi propio fracaso —aquellas larguísimas sesiones de entrenamiento de todas las noches, escamotearle horas de ensayo al sueño para machacar el papel palabra por palabra, gesto por gesto, indicación por indicación, y Eva rindiéndose siempre antes de echarse a llorar, no puedo, no puedo, es que, de verdad, no puedo más, tanto esfuerzo a cambio de nada— sino más bien para pagarle con su misma moneda, porque en el exacto instante en que la radiante sonrisa de Eva precedía a sus tacones en el umbral del restaurante, Rushinikov sonreía, se apartaba el pelo de la cara con cierta juvenil torpeza y dejaba que su voz reconquistara el territorio blando y bobalicón de los acentos adolescentes.

—La verdad es que es guapísima —me decía en ruso muy bajito, sin dejar de mirarla.

—Sí, es verdaderamente guapísima —asentía yo sin mucho interés.

—Buenos días —nos saludaba Eva, en un inglés perfecto, y luego proseguía, con mucha menos soltura—, ¿habéis lo dormido vosotros bueno?

—Desde luego —Rushinikov, en cambio, hablaba inglés mejor que yo—, aunque no nos ha sentado tan bien como a ti. Estás resplandeciente esta mañana.

—Dice que estás resplandeciente —traducía yo al castellano.

—¡Oh, qué amable! ¿A que es un encanto? De verdad... Muchas gracias.

—Dice que eres un encanto, que muchas gracias.

Los desayunos se parecían tanto a una batalla floral sobre un tablero de ping-pong que, cuando me levantaba de la mesa, casi me alegraba del trabajo suplementario que había aceptado a los tres días de mi llegada, el brevísimo plazo que resultó suficiente, sin embargo, para agotar las expectativas del director.

—He pensado que no conviene cansar demasiado a Eva —me sugirió discretamente, guardándose para sí las razones de su pensamiento—, que sería mejor reservarla para las tomas buenas... Si tú quisieras reemplazarla en los ensayos con los otros actores, en las pruebas de luces, en las de sonido...

Yo me sabía el papel de memoria, y cualquier tarea me parecía más gratificante que sufrir por ella desde detrás de la cámara. Además, estaba de acuerdo con él. Careciendo a partes iguales de método y de memoria, Eva corría el riesgo de perder la poca gracia que tenía si, durante el rodaje, se limitaba a repetir mecánicamente, sílaba por sílaba, un texto cuyo sentido no podía comprender. Por eso —por ella— no dudé en colaborar, pero mi nueva situación llegó a hacerme insoportable la **arbitrariedad** de aquel monstruo, que me corregía a gritos en las pruebas, para luego —después de haber gritado ¡cámara, acción!— limitarse a sonreír, quitando importancia a lo ocurrido, cada vez que ella se saltaba una frase, olvidaba la pronunciación de una palabra o se salía de plano por la izquierda en vez de por la derecha. Hasta que una tarde, en pleno ensayo, estallé.

Aquella mañana, durante el desayuno, Rushinikov había invitado a Eva —en realidad hablaba en segunda persona del plural, pero mirándola a los ojos tan desmayadamente que yo nunca llegué a sentirme aludida— a la fiesta que por la noche celebrarían todos los rusos del equipo. •8

—¿Qué te parece? —me comentó ella entre codazos y risitas al salir del restaurante, con la misma expresión de una niña pequeña que acaba de ganar un peluche gigantesco en una tómbola—, no, si ya sabía yo que este iba a caer...

Desde ese momento, no se había separado un segundo de Andrei, como lo llamaba ahora, pero eso no habría tenido ninguna importancia si las perspectivas de una inminente conquista no hubieran inflamado su carácter hasta prestarle la congestionada apariencia de un soufflé a punto de reventar un horno. Y vale que **ligar** es estupendo, pero el último límite de mi resistencia no sobrepasaba la prueba de traducir al español, una por una y durante dos horas de ensayo, las infinitas **pegas** que él había ido encontrando en todo lo que yo hacía o decía, para escuchar a continuación que ella estaba absolutamente de acuerdo.

arbitrariedad: manera de actuar o decisión sin explicación o motivo aparente.

ligar: palabra española para designar el flirteo, la conquista romántica o el acto sexual.

pega: obstáculo, problema, inconveniente.

- 8• ¿Qué diferencia hay en el comportamiento de Rushinikov con ambas mujeres? ¿Qué marcas del texto te ayudan a entender cómo y por qué se produce esta diferencia?

—Muy bien —dije en ruso, desafiándoles con la mirada mientras tiraba el guion al suelo—. Pues hemos terminado por hoy.

—Bueno, yo me tengo que ir —el misterioso instinto de conservación de Eva superaba, entre otras muchas, las barreras idiomáticas—, tengo que arreglarme para la fiesta...

Rushinikov y yo nos quedamos solos de repente, solos por primera vez en un gigantesco estudio vacío, y después de recorrer el techo con la mirada un par de veces, me agaché para recoger el guion porque no se me ocurría nada mejor que hacer. Entonces, él echó a andar muy lentamente en mi dirección y me habló sin levantar la voz por primera vez en mucho tiempo.

—Perdóname, lo siento mucho.

Tampoco supe qué contestar a eso. Dejé el guion encima de una silla, me atusé el pelo, recogí la americana que había colgado de una percha al entrar y, cuando lo miré de nuevo, lo encontré a mi lado.

—Lo siento de verdad, perdóname... —Rushinikov me hablaba en un tono desconocido, sobrio y, sin embargo, casi íntimo, tan alejado del vinagre de los rodajes como de la melaza de los desayunos—. Necesito que Eva sepa qué es exactamente lo que espero de ella, qué quiero que haga y cómo quiero que lo haga. Compréndelo, es muy importante que te vea, lo único que yo pretendía...

—¿Y por qué no le chillas a ella? —protesté, con tanta fiereza que el tono de mi voz llegó a asustarme.

—¿A ella? —Parecía perplejo— ¡Ah! ¿Pero es que tú crees que se puede hablar con Eva?

—*Za Pushkina!* —exclamé sonriente, golpeando el tablero de madera con mi vaso y, antes de que la tónica mezclada con el vodka dejara de espumear, lo vacié de un trago.

—¡Por Cervantes! —contestó él con un acento más que pasable cuando los vasos estaban llenos de nuevo, y todos volvimos a beber alrededor de la mesa.

Creo que fue exactamente en aquel momento, entre **Pushkin** y **Cervantes**, cuando me di cuenta de que aquella chica tan alta, embutida en un vestido de noche de terciopelo negro —el pelo recogido hacia arriba en un moño muy elaborado, dos eternas cascadas de pedrería precipitándose en el vacío desde sus orejas, y guantes de raso largos hasta el codo—, que bostezaba aparatosamente contra una columna, no podía ser otra que Eva, y no dejó de asombrarme que al entrar en el bar, un local muy oscuro y con todo el aspecto de haber sido garaje hasta tiempos tan recientes que casi se echaban de menos un par de filas de coches aparcados a ambos lados, no solo no la hubiera reconocido, sino que, más bien, se me hubiera olvidado que existiera.

CONEXIÓN CULTURAL

La referencia a estos dos escritores ayuda a reconocer la identidad cultural de los dos personajes. Así, Alexandr **Pushkin**, poeta y novelista ruso del período romántico, permite situar la identidad rusa de Rushinikov; mientras que Miguel de **Cervantes**, novelista español del siglo XVII, sitúa la identidad española de Lola.

En teoría, al salir del estudio, un montón de horas antes, Rushinikov y yo habíamos ido a tomar una copa para trazar su plan de trabajo, pero, en la práctica, él había empezado a hablarme de sus películas, y yo ya las conocía, y él se alegraba mucho, y yo había seguido hablando de Zamiatin, y él ya lo conocía, y yo me alegraba mucho, y luego me había contado su divorcio de una ciudadana norteamericana y yo le había explicado por qué había decidido dejar hacía unos meses a mi novio de toda la vida, y después él había enumerado las ventajas y desventajas de vivir en un país extranjero, y yo había recapitulado los pros y los contras de no moverse jamás de la misma ciudad en la que uno ha nacido, y él confesaba que había sido un niño muy malo, pero yo había sido una niña muy buena, aunque él sacaba muy buenas notas en el colegio, y yo también, y resultó que yo le parecía una mujer muy atractiva, y él a mí también me parecía muy atractivo, no, pero él lo decía en serio, ah... •9 Y ahí me atoré, porque la única imagen del mundo que fui capaz de recuperar tenía el rostro de Eva, y el cuerpo de Eva, y la radiante sonrisa de Eva, y por eso me acordé de la fiesta, pero apenas fui capaz de retener algún dato más, porque la mirada de Andrei trazaba escalas minuciosamente equilibradas entre mis ojos y mi escote, y brillaba con una luz tal vez más intensa que la de la ebriedad, y contagiosa, que teñía mis mejillas de color, y cuando volvió a mirarme, en el interior del taxi, su rostro relucía como si estuviera iluminado desde dentro, reflejando el mío, y hasta llegó a sugerir que nos perdiéramos en cualquier bar, por el camino, para seguir hablando de cine, y de libros, y de niños buenos y malos, pero yo no me atreví a reaccionar, no dije nada, y así llegamos hasta la larga mesa donde todos los rusos de la película brindaban en voz alta antes de golpear la madera con los vasos y vaciarlos de un golpe después, riéndose sin parar, cantando a ratos, y nos unimos a ellos para brindar por Pushkin, y por Cervantes, y hasta entonces no escuchaba la música, pero cuando se apagó el eco del último brindis me puse a bailar yo sola, alrededor de la mesa, y bailé salsa, y cumbia, y hasta una rumba, y todos me aplaudían, me lo estaba pasando tan bien, y Andrei me abrazó cuando empezó a sonar un bolero de Olga Guillot, una canción muy lenta, y apenas nos movíamos, sin despegar los pies del suelo, cuando Eva, tan impecablemente maquillada, peinada, vestida, tan ridícula esta vez, se me acercó para pedirme por favor que la acompañara al hotel porque estaba muy cansada, y harta, y aburrida, y no le gustaba aquel trabajo, ni aquel bar, ni aquella gente, y no comprendía nada, y nadie la comprendía a ella, y ese fue el instante que él eligió para besarme en los labios, y mis labios besaron los suyos, y Eva estalló en sollozos, vámonos, por favor, vámonos, vámonos, por favor te lo pido, vámonos...

- 9• El recurso a la enumeración de eventos y pensamientos sin pausa permite crear una atmósfera particular vivida por la narradora en su conversación con Rushinikov. ¿Qué tipo de atmósfera crees que es?, ¿qué efecto tiene en el lector esa enumeración rápida?



Cuando desperté, a la mañana siguiente, me encontraba como si mi cuerpo estuviera flotando en una piscina llena de una gelatina tibia y rosada, acogedora y húmeda, y era una resaca, pero era deliciosa, y me hubiera gustado apurarla del todo mientras la luz se filtraba con pereza entre las rendijas de la persiana, porque me había enamorado otra vez y no quería hacer ninguna cosa, solo pensar en ello, sentirlo, acostumbrarme lentamente a la naturaleza de los prodigios.

Entonces, Eva abrió con su llave la puerta que comunicaba nuestras habitaciones, encendió la luz sin pedir permiso y taconeó enérgicamente hasta ganar el borde de la cama.

—No me zarandeas, por favor, estoy despierta —supliqué con un hilo de voz—. Y apaga esa luz, ¿quieres? Hoy es sábado, no tenemos nada que hacer, no me pienso levantar...

—Tengo que hablar contigo, Lola —me interrumpió, y solo entonces me devolvió a las adorables tinieblas que su irrupción había desvirtuado para siempre—. Quiero decirte que no me gustó nada lo de anoche. No deberías beber tanto. El alcohol es muy malo, ¿sabes? Apaga la piel y engorda. Cuando me preguntan qué hago para cuidarme, yo siempre contesto lo mismo. Dormir muchas horas, hacer una vida muy regular, no trasnochar, beber mucha agua...

—¿Por qué me vienes ahora con todo esto, Eva? Yo no soy modelo, ni actriz, ni nada. Puedo permitirme perfectamente cualquier irregularidad.

—Es que... —y su aplomo se deshizo en un puchero—, me siento muy mal, de verdad, estoy muy sola, yo... Me he equivocado aceptando este papel, no me gusta este sitio y Rushnikov se porta fatal conmigo, es un bestia, yo no sé...

Escuché infinitas variaciones del mismo discurso a lo largo del fin de semana, pero no llegué a impacientarme en ningún momento, porque la novedad estaba en mí misma. La compasión me había abandonado como suelen abandonar los amantes, las edades, los viejos amigos de la infancia: bruscamente y para siempre. Descubrí que mi repentina impasibilidad hacía mucho más fáciles todas las cosas, y el lunes por la mañana, mientras esperábamos al coche de producción en el vestíbulo del

hotel, el espejo me devolvió una imagen inesperada, estrictamente opuesta a la que había obtenido hasta entonces, porque por primera vez, desde nuestra llegada, Eva no tenía muy buen aspecto. Yo resplandecía.

Sin embargo, durante toda la semana, Andrei siguió tratándola igual que antes, la misma dulzura, los mismos mimos, la misma paciencia infinita, el ligero e indefinible coqueteo que no llegaba a mejorar su humor, pero castigaba el mío como si cada palabra, y aún más, cada silencio, fuera un lento, oblicuo golpe de sable. A cambio, en los ensayos nos entendíamos muchísimo mejor, aunque no volvimos a hablar a solas, porque aquellos días coincidieron con los escogidos por la productora para abrir el rodaje a los medios de comunicación y cada noche teníamos un compromiso distinto, él en el punto de mira de todos los objetivos, yo sentada entre Eva y cualquier periodista en un sofá apartado, un cóctel para el equipo de televisión que estaba haciendo un reportaje, otro para los enviados de los diarios nacionales, otro para los corresponsales de la prensa especializada... Para el jueves por la noche, la organización no había previsto nada y yo tampoco, pero cuando ya estaba recogiendo mis cosas, a punto de marcharme, me detuvo una voz que hablaba en inglés, la suya.

—¡Eh, tú, chica española!

Me volví, y le encontré a mis espaldas, muy sonriente.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Mi cabeza se movió de arriba abajo sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, en el preciso instante que eligió el operador para cogerle del brazo y arrastrarle a la proyección.

—¡A las nueve en punto! —gritó—, ¡en la Steak House que hay detrás de tu hotel! —Y añadió en español—: ¿Vale?

Vale, murmuré para mí, echándome a reír mientras recordaba hasta qué punto le había intrigado esa expresión que Eva y yo usábamos constantemente los primeros días, y apenas tuve tiempo de pensar en nada más, porque unos brazos frenéticos rodearon los míos desde atrás, anunciando el chillido agudo, histérico, que retumbó en mis tímpanos como las trompetas contra las murallas de Jericó.

—¿Has visto? —Eva me miraba con una expresión que no pude descifrar al principio, una especie de alegría simple y salvaje, el rostro de un perro que babea delante de un filete—. Si ya lo sabía yo, que este iba a caer, ya te lo dije... ¿Dónde ha dicho que quedábamos?

—¿Qué? —pregunté, como si fuera imbécil.

—Andrei, mujer... ¿No le has oído?

—Sí —no fui capaz de mejorar mi intervención anterior—. Le he oído.

—¡Lola, por Dios, pareces imbécil!

—Sí...

—Andrei me ha invitado a cenar, ¿verdad?

—No sé. ¿Estás segura? —La miré a los ojos y no encontré en ellos ni la más leve sombra de duda.

—¡Claro que estoy segura! Ya me lo había avisado hace un par de días, que me estoy esforzando mucho y está muy contento conmigo, y que un día de estos teníamos que quedar, ¿no te acuerdas? —Asentí con la cabeza, aquello lo había traducido yo misma—. Y me lo acaba de decir ahora mismo... He entendido lo de cenar, *dinner*, ¿no?, y la hora, *nine o'clock*, le entiendo mucho mejor que a todos estos americanos, pero no he cogido el sitio donde hemos quedado.

—En la Steak House que hay detrás del hotel.

No quise preguntarle en qué idioma pensaba hablar durante la cena. Estaba segura de que, fuera cual fuera, lo dominaría mejor que yo.

Cuando sonó el teléfono, hacia las diez y diez, ya había bebido, fumado y llorado todo lo que tenía que beber, fumar y llorar, había maldecido todas las cosas aptas para ser malditas —mi sujetador, el aerobio, la herencia genética, Coco Chanel...—, y había repetido varias veces todas las frases hechas que conocía al respecto, desde *todos los hombres son iguales, hasta yo lo que quiero ser es tonta, pasando por no aprenderé jamás, y esta es la última vez, ¡lo juro!*, pero todavía me quedaba un margen para el asombro.

—Es que no lo comprendo —Eva gemía desde el otro lado del hilo, su voz tiritaba con el desamparo de un niño pequeño que no acaba de comprender por qué le han castigado—, tenías que haberle visto... Cuando me vio llegar empezó a hacerme preguntas, en inglés, pero tan deprisa que no podía entender nada, y luego me preguntó por ti, y yo le dije, *I am here, Lola no is here*, y le sonreí, ¡pero se puso de una mala leche...! No ha querido cenar, ¿te lo puedes creer? Se ha tomado dos whiskies y luego se ha ido corriendo, en un taxi, porque tenía que ir a buscar a Serguei, creo, no sé, no le he entendido nada... Me ha dejado plantada en la puerta del restaurante y me he venido andando. ¿Qué me dices? Y ahora no sé qué hacer. Nunca me ha pasado una cosa así, con ningún tío, de verdad, nunca jamás...

Cuando colgué estaba tan nerviosa que no acertaba a hacer otra cosa que recorrer la habitación de punta a punta, andando tan deprisa como si tuviera que llegar a tiempo a alguna parte, hasta que me cansé, y me metí en la cama solamente para obligarme a estar quieta. Quizá llegué a dormirme un par de veces, pero sin lograr nunca abandonarme del todo, anclada en

un muelle difuso que no era sueño, pero tampoco tierra firme, y por eso no reaccioné al escuchar las **balalaikas**, dulces y muy lejanas, y tampoco quise creer en aquellas voces, un armonioso concierto de susurros todavía, hasta que reconocí la melodía, inconfundible, cuando el volumen del canto ascendió de golpe, y las palmadas, los tacones que estallaban contra el suelo, marcaban el ritmo de una canción tan intensa, tan vigorosa, tan pura como si brotara de las mismas entrañas de la tierra.

Salté de la cama y corrí hacia la puerta cantando yo también, la emoción temblándome en los labios, *kalinka, kalinka, kalin...* Pero jamás, ni en sueños, me habría atrevido a imaginar un espectáculo semejante, tan grandioso que las lágrimas se escaparon de mis ojos sin que pudiera hacer nada por retenerlas. Estaba amaneciendo. Mientras el cielo se hinchaba lentamente, rindiéndose al calor, seis hombres locos cantaban para mí, y para que él bailara solo, el más loco de todos, una danza furiosa de cólera y deseo, soberbia como sus saltos y humilde como sus rodillas rozando el polvo, el **baile de los cosacos**, brazos que giran en el aire para impregnarlo de luz, y de vida, un cuerpo que se deshace en la música para imponer al mundo su sello, su ley y su fuerza. Eso sentía mientras le miraba, Taras Bulba, Miguel Strogoff, Pedro el Grande, y ojalá Dios no me coja confesada, y no podía dejar de llorar y de reírme al mismo tiempo, y mis ojos ardían, y ardía mi piel, y ardió mi alma cuando le vi saltar por última vez, y caer de rodillas ante mí, fatigado y poderoso, agitando el vuelo de mi camisa blanca.

Entonces escuché los aplausos, y todo volvió a empezar en un segundo, porque aquello no podía ser más que un sueño, un delirio estruendoso y benévolo, una trampa de mi amor dolorido, pero él rodeó mis muslos con sus brazos de carne verdadera, sentí el peso de su cabeza al apoyarse en mi vientre, y le escuché.

—*Skashi ej chtoby ona ushla...* —dile que se vaya, traduje para mí, y entonces miré a mi izquierda y la encontré allí, en la puerta del *bungalow* contiguo al mío, las manos todavía alzadas, como congeladas en el último aplauso, mientras él seguía hablando—, *ne muchaj meniá bolshe milaia* —no me tortures más, amor mío...

Antes de arrastrarle conmigo al interior, me despedí del mundo. La última imagen que contemplé en él fue el rostro de Eva, su ceño fruncido, sus ojos dilatados, su boca abierta, una mueca de asombro ocupando la plaza de una sonrisa radiante.

balalaika: instrumento musical ruso.

CONEXIÓN CULTURAL

El **baile de los cosacos** es una danza tradicional rusa en la que los bailarines efectúan acrobacias de alta dificultad y esfuerzo físico.



En *Modelos de mujer*. Barcelona: Tusquets.